



OPERACIÓN EL CENTÉN DE ORO

Alberto Alonso

OPERACIÓN EL CENTÉN DE ORO



Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Alonso

ISBN: 979-13-88411-60-1

ISBN digital: 979-13-88411-61-8

Depósito legal: M-26098-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Fátima y Uriel

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción	19
PARTE 1. DONDE EMPIEZA TODO	
1. La entrega del centén	23
2. El encuentro	29
3. La invitación a cenar.....	41
4. La oferta de trabajo	57
5. Conociendo a Bob Randalph.....	65
6. Reuniendo equipo.....	85
7. La proposición	101
8. Rutina angelina.....	107
9. Jonas y las reuniones previas.....	117
10. Vuelo a Vancouver.....	125
11. Vuelta a Los Ángeles.....	141
12. Últimos preparativos para el asalto a Salazar.....	159
13. La noche de la cena y de Jess	173
PARTE 2. ASALTO AL CENTÉN	
14. El vuelo hacia Austin	185
15. Salazar.....	205
16. La sorpresa.....	209
17. Una misión inesperada.....	221
18. San Antonio.....	229
19. Después de la tormenta hay siempre calma... relativa	243
20. Encuentro con Jess.....	249
21. Bob el «doco»	255

PARTE 3. DESENLACE

22. Nuevo objetivo.....	267
23. Operación El Paso.....	291
24. Desenlace final	309
25. Volveré.....	321

Prólogo

Centén segoviano y España en Tejas (EE.UU)

Un centén es una moneda española de 7,5 centímetros de diámetro, 359 gramos de peso aproximado en oro, que fue acuñada en 1609 y 1633 durante los reinados en España de Felipe III y Felipe IV.

En cada uno de esos años se acuñaron solamente 7 monedas con idénticas características.

Se conoce que el rey Felipe IV mandó acuñar algunos centenes hacia el año 1623 para conmemorar la visita a España del príncipe de Gales Carlos Estuardo.

Todas las monedas salieron del Real Ingenio de Segovia, actual Real Casa de la Moneda en Segovia, edificio ordenado construir por Felipe II en 1583 para introducir la técnica de acuñación en las monedas mediante rodillo.

Un ejemplar de la serie de 1609 está considerada una de las monedas más caras del mundo al pagarse por ella en una subasta en 2009 la cantidad de 800.000 euros.

Habría que remontarse muy atrás en el tiempo y hablar de la llegada de los primeros conquistadores y exploradores españoles a lo que es hoy el estado actual de Texas en los Estados Unidos.

La primera persona que vio esas vastas tierras fue un conquistador español llamado Alonso Álvarez de Pineda en el año 1519, antes incluso de la fundación del virreinato de la Nueva España

documentada a fecha 8 de marzo de 1535 y cuyo primer virrey fue Antonio de Mendoza y Pacheco, general español y cuyos territorios abarcaban la actual Méjico hasta la actual Costa Rica, y por el norte las provincias de Nuevas Filipinas que ocupaban prácticamente lo que hoy es el estado de Texas, Nuevo México, Alta California y Louisiana, territorio que se adentraba hasta prácticamente la totalidad de lo que es hoy los EE. UU.

Pues bien, para poner en contexto y antes de todo eso, Alonso Álvarez de Pineda llegó a costas de Nuevas Filipinas en Texas allá por el 1520 y, como cartógrafo, explorador y marino que era cartografió toda la costa de Texas considerándose actualmente como el documento registrado más antiguo de la historia de Texas.

Como curiosidad, de hecho, hay que destacar que el nombre original de Texas es «Tejas», que era una palabra pronunciada por los indígenas de la zona, sonaba fonéticamente como «tecsias» y cuyo significado se le atribuyó como un «no te entiendo» al responder así los primeros indígenas de la zona a lo que les preguntaban los primeros exploradores españoles que llegaron a aquellos territorios.

Es importante también mencionar en todos estos antecedentes de hecho la expedición Narváez en el año 1528, que partió de Sanlúcar de Barrameda capitaneada por Pánfilo de Narváez, al que Carlos V, emperador del Sacro Imperio, en 1526 le otorgó una licencia que comprendía un año, durante la cual tenía que juntar un ejército y personal diverso para acto seguido embarcarse a fin de reclamar la costa norte del golfo de Méjico así como la colonización de la Florida española con al menos dos ciudades de 100 habitantes cada una.

Esta expedición, llegando a la isla de Galveston, sufrió los efectos de un potente huracán. Se cree que solo 80 hombres consiguieron sobrevivir y de esos 80 supervivientes, en los años posteriores solo sobrevivieron 4 debido a escasez de alimentos, enfermedades, etc. Dentro de la expedición y de los supervivientes se encontraba Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, que era considerado los ojos y los

oídos del rey en aquella expedición; junto con Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Carranza, formaron un grupo que estuvieron entre los años 1530 y 1535 explorando y deambulando por la zona de Tejas y que tiempo más tarde lograron reunirse con compatriotas españoles en lo que es actualmente Ciudad de Méjico, regresaron a España y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca contó todas sus experiencias en un libro que tituló *Naufragios y comentarios*. Se les consideró la primera expedición que exploró de alguna manera el interior de Tejas y a Álvaro Núñez Cabeza de Vaca como uno de los primeros conquistadores por territorio tejano.

Aunque fue ininterrumpidamente español entre los años 1716 y 1821, hay que destacar que a partir de 1688 hubo presencia francesa en la zona, fue una presencia simbólica de unos 60 años, hasta que los franceses entregaron Louisiana a los españoles como compensación de guerra en 1762, aunque posteriormente, en 1801 se selló otro pacto entre Carlos IV y Napoleón en el que los españoles renunciaban a los territorios de Louisiana y lo entregaban nuevamente a los franceses. Años más tarde, en 1803 Francia decidió vender estos territorios a fin de obtener presupuesto para sus guerras contra Inglaterra y demás reinos de Europa (compra de Louisiana 1803).

En 1689, en un territorio donde abundaban los indios «caddos» conocidos como «indios tejas» por los españoles, se crea una provincia llamada San Francisco de Coahuila y de la que fue gobernador uno de nuestros grandes protagonistas para situar los inicios de nuestra historia, el capitán Alonso de León.

Por irnos atrás en el tiempo, nos vamos a remontar al año 1608 y a la ciudad de Méjico, donde nace Alonso Pérez de León, procurador y político, llegó a ser alcalde de la ciudad de Caldereyta (Nuevo León) así como capitán de guerra. Casado con Doña Josefina González-Hidalgo, tuvieron 8 hijos, de joven comenzó a sobresalir en la sociedad de Caldereyta como una persona inquieta y avispada, se mostró muy activo y comprometido y fue nombrado primer procurador de la villa de Caldereyta, más tarde alcalde y también capitán de guerra de la

misma localidad. En 1655 es enviado a España como procurador y todo pega un giro en su vida, sobre todo en importancia hacia su persona y en influencia dentro de la corte bajo reinado de Felipe IV en ese momento. Sea como fuere, se convirtió en una persona de mucha influencia y del agrado del monarca, en su visita a España se le otorga una cédula de recomendación por el mismo rey Felipe IV; entre otras, esta recomendación y la buena fama y reputación que se labró Alonso Pérez de León tuvo beneficio en uno de sus 8 hijos, Alonso de León, alias *el Mozo*, (mote que adquirió para así diferenciarle de su padre); la fama y buen hacer de su padre le abrió todas las puertas, fue un personaje muy reconocido en altas esferas y figura destacada en las futuras exploraciones en Nueva España.

Los restos de Alonso Pérez de León reposan en Caldereyta (Nuevo León, Méjico) donde falleció en 1661.

Como anteriormente se mencionó, Alonso Pérez de León tuvo 8 hijos, uno de ellos, el protagonista principal que nos ayuda a situar esta historia es Alonso de León, en concreto el tercero de ellos, nacido en Caldereyta (Nuevo León) allá por el año 1639. A los 10 años sus padres deciden enviarlo a España donde le matriculan en la escuela naval, de joven siempre había despuntado en muchos campos, pero dentro de sus venas corría sangre de explorador y de aventuras y, al igual que su padre, el Mozo, como así conocían a Alonso de León, se desenvolvía a las mil maravillas en todas las facetas navales; y pese a su corta edad, en 1657, con 18 años se unió a la Armada española, donde se desarrolló profesionalmente en las artes de la guerra y de la disciplina.

Corría ya el año 1660 y, aunque con mucha ilusión en sus tiempos en la Armada, siempre tuvo la necesidad de volver a su tierra más allá del océano, Nuevo León, quería volver allí y desenvolverse en la tierra que le vio nacer. Reinaba Felipe IV y Alonso de León era un avisnado joven comprometido en todas las tareas que se le encomendaban, serio, disciplinado y trabajador.

Aquellos eran tiempos de conquistas y de conquistadores, de descubrimientos y de descubridores, España florecía, pese a todas

las dificultades de la época, se hacían grandes esfuerzos en mantener las tierras más allá de los mares, había ansias de expansión, quizá más ansias y ganas que posibilidades y logística; cada poco tiempo, desde Sanlúcar de Barrameda y otros puertos zarpaban con rumbo oeste hacia la Nueva España innumerables embarcaciones, embarcaciones que tras una odisea Atlántica franqueando tempestades y oleajes titánicos, podían, con la ayuda del señor, llegar a su destino.

Por aquel entonces las preocupaciones de la Corte Real eran múltiples. La Nueva España, como así se denominaban las tierras conocidas que hoy comprenderían Méjico hasta Costa Rica, la zona norte de Estados Unidos, Florida, Louisiana y California, suponían un territorio muy vasto que había que colonizar, con todas las dificultades que suponía aquella empresa, por ejemplo y sin irnos mas lejos lo complicado que resultaba el abastecimiento de provisiones.

Nueva España se constituyó en Virreinato en 1535 y lo fue hasta 1820, año previo a la independencia de Méjico.

El primer virrey que tuvo el honor de serlo en aquel gran pedazo de España en América fue Antonio Mendoza y Pacheco; el último que tuvo ese honor fue Juan José Ruiz de Apodaca y Eliza en 1820.

Alonso de León arribó a las costas de lo que se denominaba Nueva Filipinas siendo virrey Juan Francisco de Leyva de la Cerda y a partir de ahí no paró de crecer su figura.

Siete años después de arribar a tierras de Nueva España en el 1667, su crecimiento era vertiginoso, fue nombrado alcalde de Caldereyta, su pueblo natal en Nueva León, tuvo inquietudes empresariales y explotó unos depósitos de sal en el río San Juan, siendo virrey Tomas de Cerda y Aragón, que tiempo más tarde le nombraría gobernador de Nueva León en 1682, cargo en el que estuvo hasta 1684; y no fue el único cargo de gobernador que ostentó, ya que más tarde, en 1687 sería nombrado gobernador de Coahuila. Alonso de León lideró numerosas expediciones que cruzaron la costa noroeste de Nueva España, así como el río San

Juan. Las expediciones tenían muchas finalidades, una de ellas la de control del territorio, ya que se conocían innumerables incursiones francesas por ellas, otra finalidad era la de, como veremos posteriormente, localizar territorios prósperos y fundar misiones y asentamientos. Alonso de León es el responsable del nombre de varios ríos de la zona (río Guadalupe, río Medina, río Trinity); en 1689 fundó la villa de Santiago de la Monclova (actual Monclova).

Como se dijo anteriormente, en el año 1687 fue nombrado gobernador de Coahuila y, aunque solo estuvo un año en el cargo, quizá fue este un momento clave en toda esta historia.

El año que Alonso de León estuvo en el cargo de gobernador de Coahuila fue tiempo suficiente en el que la casualidad y las actividades que se hacían en la zona le hacen coincidir con Gregorio de Salinas Varona, el cual 5 años más tarde de conocerse, en 1692, le sucedería en el puesto como gobernador de Coahuila. Ambos coinciden en varias expediciones por territorio de Texas, en busca de crear el «primer asentamiento civil permanente», algo que fuera un poco más allá que una misión o un presidio, y que fuera un poco el eje centralizador del Texas español.

En 1690 Alonso de León fue, junto a uno de los muchos frailes franciscanos de la zona, concretamente junto a fray Damián Masanet, quien funda la que se considera la primera misión española en Texas, misión llamada «San Francisco de los Tejas».

Dado el peso que tenía Alonso de León y su amplia experiencia en la zona, en 1691 el virrey en aquel momento, Gaspar de la Cerda y Mendoza, es quien le encomienda bajo orden real, establecer más presidios y misiones por Tejas después de la exitosa fundación de aquella primera y pionera misión.

Aunque sus relaciones, con el paso del tiempo, con el virrey se fueron deteriorando, peleó mucho en que la zona creciese y participó activamente en fundar colegios y misiones por la zona, un ejemplo de ello es la Misión del Santísimo nombre de María.

Alonso de León falleció en 1691.

Fueron pasando años y fueron pasando gobernadores por Coahuila, el ya mencionado Gregorio de Salinas Varona, Francisco Cuervo y Valdés, Matías de Aguirre y finalmente llegamos a Martín de Alarcón.

En 1716, Martín de Alarcón, con la colaboración y la insistencia de un fraile franciscano Fray Antonio de San Buenaventura y Olivares, que en sucesivas cartas y presiones a estamentos superiores solicitó y consideró idóneo hacer el primer «asentamiento civil» en Texas y junto con un nutrido grupo de personas y animales, se asientan y construyen una pequeña estructura temporal a la que llaman primeramente Misión de San Antonio de Valero, nombre que se deriva de San Antonio de Padua y del virrey de la Nueva España, el marqués de Valero, tiempo después a esta misión se conocería simplemente como El Álamo.

En el documento de fundación figura la firma de puño y letra del propio Martín de Alarcón, que lo hace firmando como «sargento mayor don Martín de Alarcón de las provincias del Reyno de la Nueva España».

A poca distancia de aquel primer asentamiento, se funda un presidio al que llaman, «Presidio de San Antonio de Béjar», siendo hoy la actual ciudad de San Antonio en Texas y constituyéndose la zona en un nuevo municipio, municipio de Béjar, al que se da un rango superior al de pueblo pero inferior al de ciudad, se convierte San Antonio de Béjar así en la única «villa» de Texas en la que los colonos se establecen y son autosuficientes con la agricultura y ganadería al mismo tiempo y favorecer así poco a poco el crecimiento de la villa llegando a ser la más poblada, con más de 2000 habitantes. Se construye en la villa una acequia la Acequia Madre de Valero, de 6 millas de longitud, que facilita el regadío de la zona calculándose que regaba unas 400 hectáreas de cultivo, así como el propio abastecimiento de agua a las familias asentadas. Se convirtió por tanto toda esta zona como el eje fundamental del Texas español.

El 1 de mayo de 1718, el gobernador traspasó la posesión de la Misión de San Antonio Valero a Fray Antonio de San Buenaventura y Olivares, acto que el mismo gobernador presidió.

Así fue la culminación de aquella labor que empezó años atrás Alonso de León como gobernador y que posteriormente continuaron otros tantos gobernadores.

Después de 300 años de presencia española en Texas se iza por última vez la bandera de Castilla y León en San Antonio, lo que algunos historiadores fechan en el 21 de julio de 1821, cuando se crea a partir de esa fecha «El Tejas mexicano».

Fueron épocas de constantes ataques por parte de indígenas y un territorio muy amplio y difícil de defender con las tropas existentes, ya en los primeros años del siglo XIX, además de los franceses, aparecerían ya las autoridades de los Estados Unidos reclamando territorio.



Tamaño de un Centén Segoviano

Introducción

Habría que hacerse la pregunta de si existió alguna posibilidad de que un centén segoviano del siglo xvii fuera posible que terminase en los Estados Unidos y haber sobrevivido cuatro siglos.

Es obligado contextualizar la siguiente historia; para entender el presente, es necesario entender y conocer el pasado. Una vez repasada la historia real del Tejas Español en el prólogo, la presente novela empieza brevemente viajando atrás en el tiempo, tiempos de descubrir el territorio de Tejas y el valor que llevan consigo los pequeños objetos que acompañan estos viajes, en este caso hablamos de la historia española de los siglos xvi y xvii. Durante sus exploraciones en el continente americano la Nueva España con virreyes a la cabeza y sus demarcaciones territoriales, otros tiempos, en los que avanzar como sociedad organizada era algo titánico, cada día una aventura y cada logro como sociedad una auténtica epopeya. Esta es la historia de un pequeño objeto que adquiere con el paso de los años un valor sensacional, la historia de una moneda de oro usada o exhibida más como un símbolo de poder y posición social que como una moneda de curso legal y corriente, que viajó seguramente con las exploraciones y épicas conquistas de la época portadas por personajes de relevancia para la corte o que simplemente se quedaron adornando las vitrinas de gente próxima a la realeza.

Por ello el contextualizar qué personajes, qué situaciones y qué casualidades pudieron hacer que una de las 14 monedas que se acuñaron en lo que hoy es La Real Casa de la Moneda de Segovia

en dos series (1609 y 1633), además, mención aparte y destacada de una pequeña tirada conmemorativa que el propio Felipe IV acuñó en 1623. Las casualidades de la vida todo lo pueden, la historia es nítida y clara y también oscura y tenebrosa, no sabemos a ciencia cierta muchas cosas sobre ella, la historia es esa mujer muy discreta a la que pretendes enamorar y no sabes casi nada de ella y vas indagando de aquí y de allá hasta descubrirla. Es esta la historia del centén segoviano que empieza en aquellos bulliciosos puertos donde tripulaciones y gentes de toda índole y posición social se disponían a embarcarse a la aventura para cruzar el Atlántico.

Alonso de León, desde su posición de gobernador de Coahuila, es aquí pieza clave a punto de embarcar en puerto español y cruzar el océano con destino a su Nuevo León natal. Un emisario del rey Felipe IV le hace entrega de una pequeña caja de madera noble y bien rematada que tenía como destino a su padre, Alonso Pérez de León, en agradecimiento a los servicios prestados a la corte.

Durante su dilata vida, mantuvo aquella reliquia que contenía un centén de oro, aquella moneda de oro más símbolo de estatus y posición social para el que la tuviera que un efectivo medio de pago.

De las manos de Alonso de León desde que fue gobernador de Coahuila fue pasando el centén por otros gobernadores, Gregorio de Salinas Varona fue gobernador de Coahuila de 1692 a 1698, sucediéndole Francisco Cuervo y Valdés en el cargo y pasando a sus manos el centén segoviano e instaurándose como una tradición al llegar al puesto de gobernador traspasarse aquel símbolo de estatus y poder.

Pasaron los años y llegan los tiempos de Martín de Alarcón como gobernador de Coahuila el que, como se ha visto en el prólogo, fundó en 1716 el primer asentamiento civil en zona de Tejas

Como se sabe, el 1 de mayo de 1718, el gobernador Martín de Alarcón traspasó la posesión de la Misión de San Antonio Valero a Fray Antonio de San Buenaventura y Olivares, acto que el mismo gobernador presidió y en el que, en última instancia, y para sellar

ese acto, Fray Antonio de San Buenaventura y Olivares se queda en la posesión del centén segoviano.

Pasaron los años y tiempo después, el centén de oro fue reclamado por la familia de Alonso de León que vivía afincada en el estado de Nueva León. El paso de los años ablandó las pretensiones y exigencias de ambos bandos y el centén segoviano pasó a manos familiares de los Alonso de León, manteniendo su conservación durante unos cuantos años más, en los que se le pierde la pista y en el que las hipótesis son variadas: pudo haber sido vendido, empeñado o simplemente robado por forajidos en algún momento.

Este objeto recorre cuatro siglos para llegar al tiempo presente... ¿empezamos?

PARTE 1. DONDE EMPIEZA TODO

1. La entrega del centén

Año 1660...

Era una mañana de mucho ajetreo en aquel espigón, donde a todos aquellos hombres les esperaba la aventura, la aventura de cruzar el vasto océano, explorar y asentarse en aquellas tierras españolas, aquellos territorios de ultramar que seguramente muchos de los que allí estaban entre aquel bullir de gente, llegados de todas las partes de España a pie de espigón, embelesados por los cantos de sirena de buscar una vida mejor a modo de tierra prometida no sabían siquiera que dirección o rumbo iban a tomar ni lo lejos que aquellos horizontes se encontraban en una travesía marítima peligrosa y a ciegas en su rumbo ahora que según informaciones que la casa real hacía llegar a la población se expandían los territorios del país de modo seguro en lo que llamaban la Nueva España. Tripulaciones, oficiales y marinería en general se tropezaban en aquellos angostos caminos de aquel puerto, muchos apuraban los últimos momentos antes del embarque para abandonarse a la bebida una vez más, y, una vez más, siempre había hueco para otro vaso de vino o para alternar con las ramerías de las tabernas, que

se afanaban por asaltar al más borracho para así dejarles secos de dinero pero llenos de lujuria sin hacer el servicio correspondiente al torpe y mareado malandrín abandonado a los placeres del vino sin poner atención ni ganas a las caricias recibidas.

El ambiente quizá insalubre lo rodeaba todo, el bullicio constante, las peleas entre marineros siempre de fondo, bandoleros y demás ladrones aprovechaban aquellos días en el puerto para sacar tajada del incauto y recoger algún tipo de botín por el camino que al final del día le pueda dar para ahogar penas o alegrías en aquellas oscuras tabernas de la zona.

La zona de atraque de los navíos se encontraba cerca de todo aquel conglomerado cosmopolita, ruido, suciedad y caos, que aun así funcionaba a la perfección. Las naves zarpaban y atracaban acompasadas, y se podía ver a las tripulaciones desde dentro de las naves muy atentas y profesionales atendiendo a las indicaciones desde la cubierta principal, tanto del capitán de la nave como del personal del puerto, eran como dos mundos diferentes: uno, el de la zona portuaria imperado por el desorden, el caos y el abandono; y otro más marcial y ordenado, el que había dentro de aquellos imponentes navíos, con aquellos cascos que parecían crujir curtidos en decenas de travesías atlánticas. Los galeones, ya dispuestos a zarpar y en disposición de soltar amarras, tenían a una legión de marineros preparados para desplegar en todo su esplendor la vela Mayor, Trinquete y Mesana y poner toda la capacidad del trapo a recoger aquel viento reinante en la bahía.

Las piezas de artillería del costado de babor parecían saludar y despedir a familiares y amigos de los embarcados mientras el personal se afanaba en abrillantarlos y trincarlos para la inminente travesía. Aquellos ingenios de madera de no mucho más de 50 metros de eslora por poco más de 12 metros de manga, desplazaban sobre el agua sus aproximadamente 800 toneladas con soltura. Era hipnótico ver todo aquello, todo aquel ambiente portuario, todo aquel bullicio, todo aquel caos, todo aquel ambiente naval en que se convertía aquella bahía en aquella fría mañana con aquellos

ingenios de madera que zarpaban y colocaban su proa a alta mar, hacia tierras de Nueva España, a una distancia en millas náuticas más allá de lo que muchos de aquellos embarcados podían entender y quizá aguantar.

En una de estas naves estaba próximo a enrolarse don Alonso de León, el Mozo, hijo de Alonso Pérez de León. Alonso de León, nacido en Caldereyta (Nuevo León) y que en España se había formado con la Armada española, regresaba desde tierras españolas a su tierra natal, aquella mañana don Alonso se había tomado su tiempo en acudir al espigón y a la zona de embarque con suficiente antelación, no era amigo de recibir imprevistos, y era buen conocedor del caos que solía reinar en aquellos lugares, esperaba al capitán de la nave para presentarse directamente a él como le habían dicho y registrar su embarque; ataviado con uniforme de la Armada, esperaba pacientemente, y por defecto profesional inspeccionaba desde el dique el aspecto del casco de la nave, así como disposición de velas y amarres.

El capitán Lorenzo de Quintana se acercó por su espalda y en tono amable le saludó:

—Buenos días, me habían avisado de su presencia a pie de escalera.

—Buenos días, don Lorenzo, llegué temprano esta mañana, es manía mía presentarme y embarcar con tiempo, no sea mía la culpa de un retraso en el zarpar de este magnífico navío.

—Pues ya sabe, adelante y acomódase en sus aposentos.

Alonso de León, cogió la única maleta que portaba como equipaje y, echando una última visual a aquel puerto y por extensión a toda aquella tierra que fue su casa durante los últimos años, se encaró hacia la plataforma, cuando desde dentro del gentío se empezó a escuchar unas voces que hacia él se referían inequívocamente, ya que anunciaban su nombre a gritos.

—¡Don Alonso! ¡Don Alonso!, aguarde, espere, ¡no embarque!

Parecían provenientes por su vestidura de un emisario real, un tipo muy bajito, muy bien vestido con ropajes de la corte.

—¿Qué tanto misterio se trae, que a voz en grito ha tenido que llamarme por todo el puerto?

—Disculpe, señor, que entre tanto trajín y tantos embarcaderos no daba encontrado su navío. Me llamo Servando Romero, de la corte real, me envía personalmente su Majestad, y fue muy preciso e insistente en que debía darle este obsequio y este manuscrito.

Aquel emisario le hizo entrega de una pequeña caja de madera con acabados realizados con un gusto exquisito, como si fuera un pequeño joyero contenedor de una bonita joya. Todo ello mientras la muchedumbre de pescadores, mercaderes, curiosos, bandidos, soldados, marineros, continuaban casi tropezándose en aquel puerto a pie de espigón, que ese día tenía más movimiento que de costumbre.

El emisario las únicas instrucciones que dio a don Alonso de León fueron:

—Tenga cuidado con esto, no lo pierda y téngalo en buena custodia, nuestro rey Felipe IV, quiere que se lo haga llegar a su padre Alonso Pérez de León como agradecimiento personal a toda su labor.

Con cierto misterio, Alonso de León cogió aquel obsequio y lo guardó entre sus ropas, junto con el pergamino, ya que tenía premura el navío por zarpar y no era momento de entretenerse en demasía, miró fijamente a los ojos como hacen los hombres de honor y apretó el antebrazo del emisario agradeciendo el real gesto añadiendo:

—Dígale a su Majestad de mi parte que así se hará, y que tanto el pergamino como este presente serán entregados a mi padre a mi llegada.

Y embarcó dirigiéndose sin demora hacia sus aposentos no sin antes, y movido por la curiosidad y misterio que rodeó aquel momento, echarle una breve lectura a aquel pequeño pergamino escrito de puño y letra por el propio Felipe IV que llevaba el sello real.

«Tenga vuesa merced la gracia de recibir este valioso y preciado objeto que mi antecesor en el trono Felipe III mandó acuñar

en 1609 como reconocimiento por el trabajo hecho y por todo el trabajo que todavía hará, atendiendo siempre a la lealtad y al honor que le caracteriza. Tenga usted un recuerdo mío y de nuestra tierra y ojalá gracias a usted nuestro territorio en Nueva España crezca y prospere, no tengo duda de que lo hará y la Nueva España brillará».

Abrió aquella cajita de madera con una cerradura simple y forrada con un trapo de color rojizo y vio dentro una moneda brillante dorada, diría que de oro, que no había visto antes, pero de la que había oído hablar, un centén segoviano de 1609. Lo vio durante unos instantes hasta que las indicaciones a viva voz que daba el capitán para zarpar y que empezaban a dar órdenes para maniobra le extrajeron del absorto momento que Alonso de León estaba viviendo, —todos a sus puestos, listos para zarpar—, la nave comenzó a despegarse del espigón al que estaba amarrado por múltiples escotas. Tiempo después, el navío estaba proa a alta mar adentrándose en lo prácticamente desconocido, sería una travesía no exenta de peligros de poco más de un mes dependiendo vientos, pero un mes en un navío de madera con aquellas características era una odisea en sí misma.

